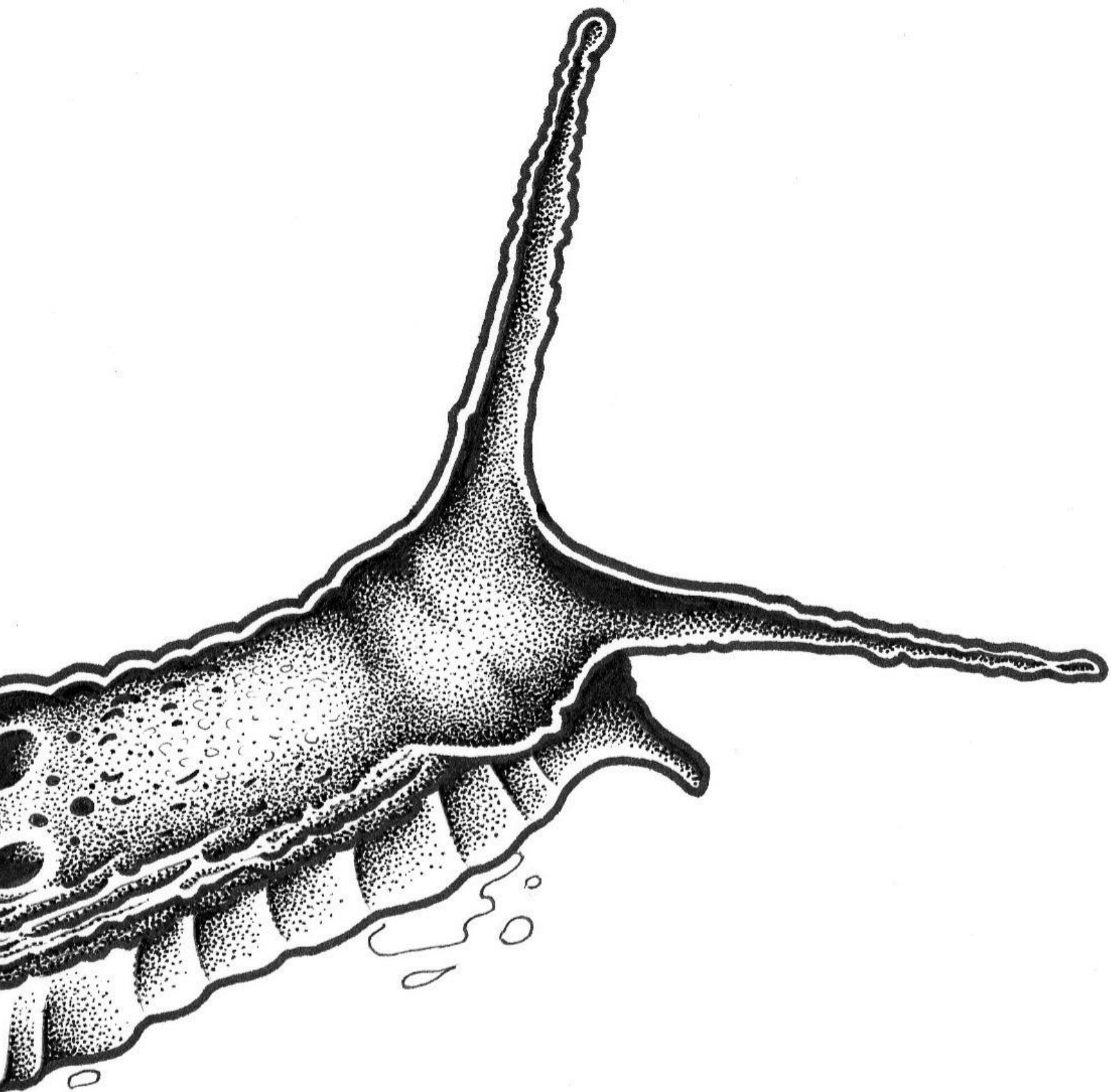


¿QUE APURA AL CARACOL...

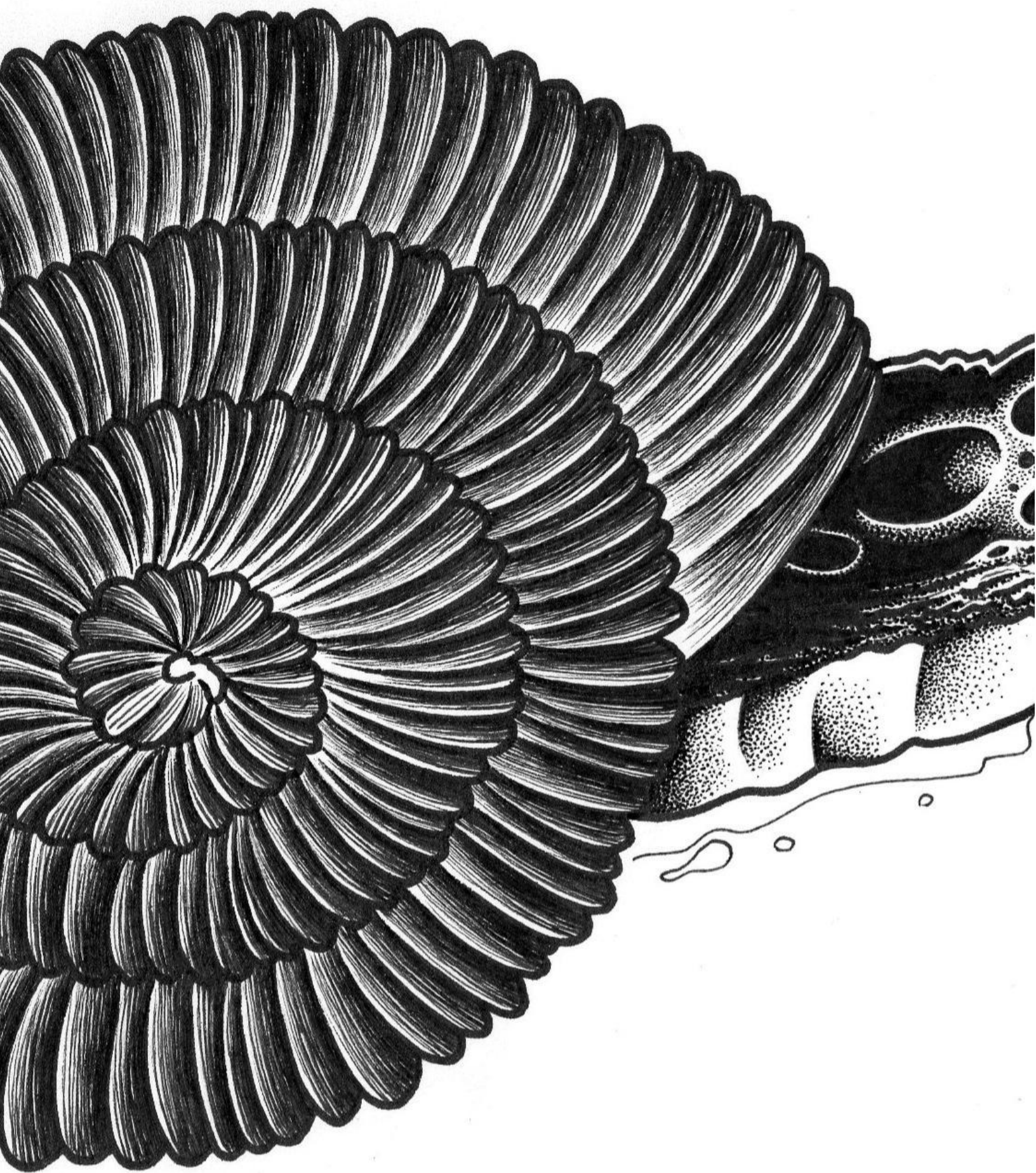


En el anónimo y solemne momento en que se asoma, nace quizás el gesto que lo vuelve coloso y temerario. Puede ser que la huella asesina lo amedrente cada día, cada segundo, y que ese incesante acoso de trituración le agilice en su vulnerabilidad, mientras se interna, con el pie en su estómago, directo a los quehaceres propios de un molusco, pero, ¿cómo saber si algo lo apura realmente? ¿Tendrá alguna verdadera urgencia? Quién podría saberlo... lo único seguro es esa razón que lo impulsa a llevar a cabo su épico viaje, no subestimemos su experiencia tan solo porque es un ser flemático, incluso me atrevería a decir, que en su avance de un metro por hora las posibilidades de aventura y riesgo son más altas en comparación con las de otros seres vivos, pues el porcentaje de evasiones o escapes ante cualquier peligro, es bastante limitado, por no decir nulo. Pónganse en su lugar: imaginen trasladarse a esa velocidad, sea cual sea el propósito, teniendo la consistencia y las dimensiones de este ínfimo y delicado intrépido. Ante su valentía, pecamos de cobardes, pues cada travesía es sencillamente una epopeya, una oda al valor, sin embargo, debido a la arrogancia humana, creemos que nuestras rutinas tienen más validez que la suya y que la de cualquier otro ser vivo. Quizás debido a nuestra "inteligencia", ansias y agilidad sobrevaloradas, damos por hecho que él siempre va atrasado y que es incapaz de concretar sus quehaceres, mucho más que cualquiera de sus propósitos. Nuestro ímpetu, inhabilidad de empatizar con su modo de transitar el tiempo y la distancia, nos impide interpretar el poema de su andar y, en su lugar, cuestionamos con sosiego. ¿Por qué el caracol debería estresarse cuando a ras de suelo vive al margen de nuestra vorágine, absento de nuestras maquinaciones? Tomando en cuenta algunos puntos, podríamos aprender tanto de la filosofía del viajero de este frágil ser, del coraje, más que de la relevancia de lograr una misión, sin importar la distancia y mucho menos la dificultad, valorar el recorrido en sí, la vista, el haber pasado por ahí en ese preciso momento o simplemente haber llegado a salvo. Pero a la mayoría de nosotros, con el neurótico vivir que nos nubla de urgencias auto medicadas en una tóxica neblina, relacionándonos al límite, forzando situaciones incluso con nuestros seres queridos, nos rebotan entre los corazones ecos de insensibilidad y aquello nos resulta casi imposible. Nuestras mentes lobotomizadas demacran cada forma de expresión de los sentimientos. La imagen es prioridad en este estereotipo insensato, déspota y superficial, que pretende encontrar el bienestar en el ridículo éxito monetario.

Es en la madrugada cuando esta entidad decide ejecutar su justiciero acto contra nosotros, los humanos. Beneficiándose de nuestro estado onírico para perpetrar sus andanzas, se introduce por alguna imperceptible apertura de la construcción que supuestamente nos resguarda y cruza indiscriminadamente la estancia por sobre cada una de nuestras pertenencias: alfombras, sillones, libros, discos... Impregna todo con su viscosa huella plateada, aprovechando de señalar, sin

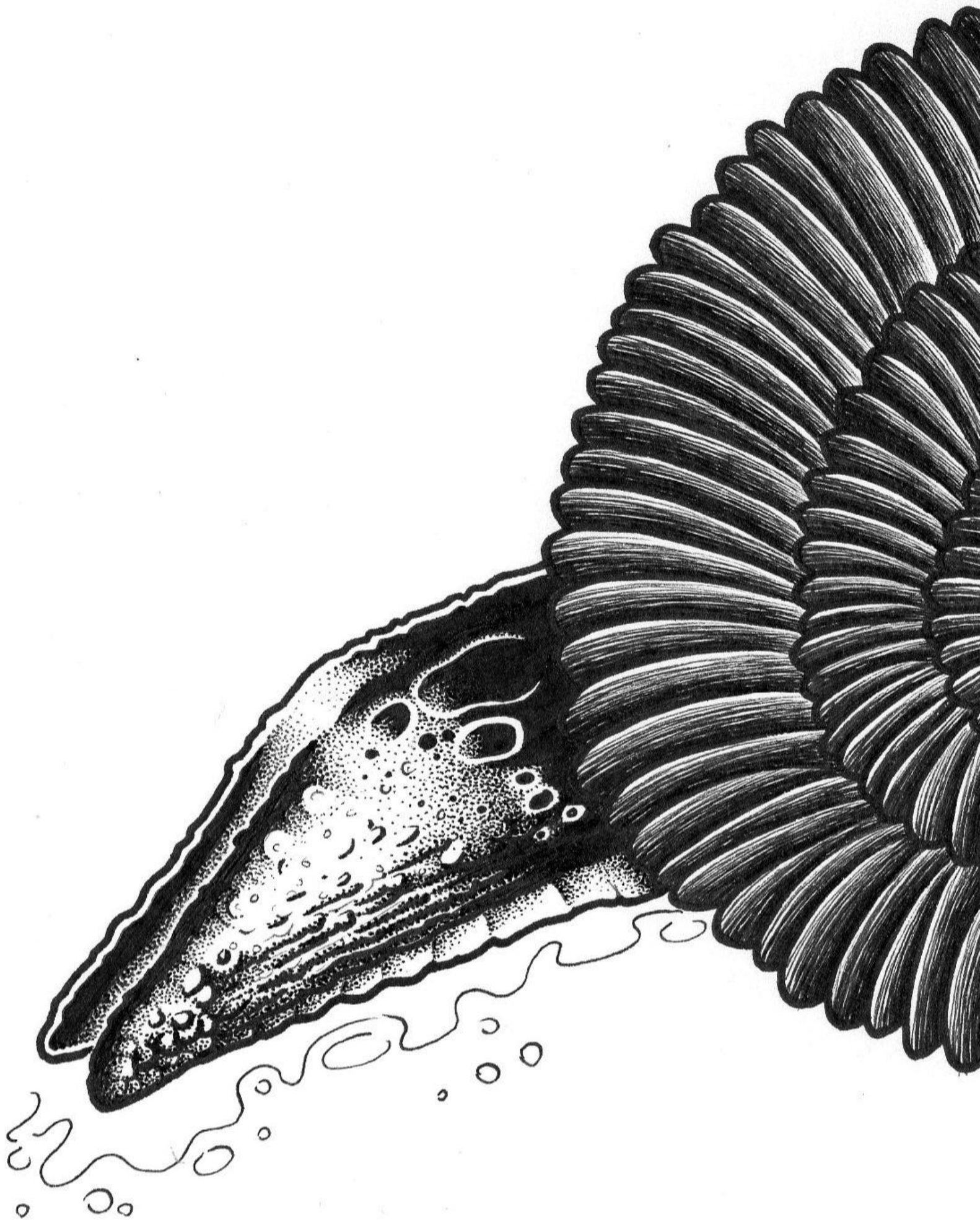


pudor, el camino al gran banquete que se da con nuestras plantas. Sin duda, su momento más sublime es cuando decide en calidad de kamikaze, sortear a campo traviesa la vasta y en extremo riesgosa geografía de nuestros cubrecamas, para coronarse en el contacto directo con nuestra piel. Si está en la intemperie, aprovecha la siesta de los jardineros, el acampar de los exploradores en el bosque o el momento cuando los borrachos pasan la mona en lugares inesperados. Cerca del mar, ríos o lagos, se sirve del descanso de los pescadores y, en ocasiones, hasta llega a introducirse a equipos de buceo a través de los esnórquels. Una vez que sobre nuestro rostro encuentra el lugar idóneo, abandona su caparazón para introducirse por uno de los orificios nasales, deformándose por los recovecos del cráneo; acto seguido, se transfigura en un mucus que envuelve y provoca un cortocircuito cerebral. Esta acción deja expuestas las neuronas para que el *Helix Aspersa* cometa el sabotaje perfecto a nuestros sueños. El ser humano escogido, experimenta un elevado nivel de angustia subconsciente, prosigue la sudoración mientras se revuelca en una tempestad de sábanas y su soñar le desborda de congoja sin un factor aparente hasta que, en cosa de segundos, es atormentado por visiones espantosas. Según los testimonios registrados, hordas compuestas por una indescriptible variedad de seres resbalosos, llevan a cabo persecuciones a velocidades extremas, infinidad de torturas y diferentes formas de dar muerte a su presa; envenenamiento, palizas, trituramiento, desollamiento o asfixia del *Homo sapiens* por un océano de babas. En ese preciso momento, la mente de la o las víctimas, se estremece en remembranzas infantiles llenas de culpas que le martirizan, al punto de llegar a formularse interrogantes del tipo: ¿por qué aplasté a esos inocentes caracoles?, ¿hice bien en recolectar y proporcionar caracoles a mi abuelo, para saciar su apetito?, ¿debí impedir que mi primo cubriera con sal a aquella babosa? o ¿era necesario usar gusanos como carnada cuando iba de pesca con mi padre? Así, quien pernocta, también es flagelado por reproches autocríticos: ¿cuál es la razón de mis reacciones, para llegar a canalizar mi vida de esta manera?, ¿debo alcanzar más sensatez y comprensión, además de relajarme y reducir mi estrés? Puede haber muchas más reflexiones, sin embargo, ya es demasiado tarde, pues el baboso victimario ha elegido a su mártir por alguna intrínseca razón y, justo cuando pareciera existir una mínima esperanza de salvación, es aniquilado de manera brutal, salvo en algunos excepcionales casos. Si la víctima logra sobrevivir, despertará de un abrupto brinco, horrorizado y en la compañía inexplicable de la concha espiral vacía. Producto del venenoso mucus, durante los años venideros su raciocinio se aletargará, por lo que sus acciones disociadas desencajarán de las normas sociales, hasta ser gradualmente segregado de por vida. Al ser inconsciente de esta transformación, el sujeto vive cada día más desinhibido de culpas y obligaciones, ahora “irrelevantes” para él. Y así, lo que podría verse o sentirse como una condición o sometimiento, termina siendo su redención, pues poco a poco recepciona su nuevo estado con gratitud. A



medida que pasa el tiempo se siente más reconfortado, ya que reconoce menos desdicha propia que sus congéneres. Entonces, lo que comenzó como un castigo, fructifica como una bendición.

El destino de nuestro héroe es distinto. Su alma de caracol, se amalgama en un caótico torbellino entre todos estos nefastos sentimientos y conductas que va extirpando de la terca humanidad, una experiencia nada grata por supuesto (es por eso que lo llamamos "héroe"). La mayoría de estos mártires desean ser partícipe del milagro, pero solo algunos vuelven a habitar alguna concha vacía en el plano terrenal (suficiente razón por la que nunca deberíamos aplastarlas). A veces, también acontece alguna reencarnación excepcional, por motivos desconocidos, en forma humana. Vive entonces como un ser de naturaleza singular, pausado, introspectivo, austero y escurridizo a las normas de la sociedad, no obstante, con un innegable don regenerativo y sanador, capaz de beneficiar a las personas con quienes se relacione. Estos fenómenos, son esenciales para el equilibrio del planeta y el bienestar del resto de los seres vivos. Así, con este ejemplo, queda evidenciada una vez más la grandeza de este noble, generoso y sanador molusco que se inmola para nuestro bien, sin embargo, ¿qué hace mientras tanto el mismísimo ser humano común y corriente? Nada, sigue con su enajenación carente de sentido común, si acaso éste existe. Continúa en la causa de la inmediatez en pro de su comodidad y beneficio, sin importarle el resto y, por lo visto, tampoco su entorno directo. Siempre culebreando por el supuesto camino más corto, más fácil, como un rastrero de pecho y lomo, obviando las consecuencias, porque “mañana veremos”. Es evidente que esta tendencia, resultado de un conjunto de factores y dispuesta a roer todo cimiento, se amalgamó a la sociedad moderna, incitándola a su fin como si de una ley vitalicia se tratase, tal como esas malas películas de final predecible que, por alguna razón, no podemos dejar de ver. Vamos directo a la trampa, al hoyo, y no hacemos nada para evitarlo. ¿Qué hacer con este necio ensimismamiento de tal envergadura, capaz de ignorar hasta las advertencias más luminosas de "SIN RETORNO"? ¿Cómo proceder ante esta decadencia? Si nos lo propusiéramos, quizás podríamos alcanzar un comportamiento más prudente y responsable como el de la especie *Helix Aspersa*, sólo que por alguna razón, no podemos lograrlo. ¿Ahí se cruza nuestro intelecto, el cerebro que nos permite “pensar”? Hay pruebas concluyentes de que nuestro razonamiento es un arma de doble filo. Está claro que el discernimiento en nuestro caso y primero que todo, nos hace sentir superiores, partiendo en función de nuestro bien y satisfacción, para luego extorsionar las posibilidades hasta darle un oscuro giro y someternos a una retorcida caída libre, repitiendo la escena deliberadamente. Si actuáramos por instinto tomaríamos lo justo, sólo que para nosotros nunca es suficiente, nuestra esencia se volvió influenciable, más que depredadora. Si bien, muchos seres pretenden revertir la inercia para promover una mentalidad más consciente, estas



intenciones son devoradas por las masas insensatas y malversadas por un abanico de injusticias, ignorancia y malas costumbres. Redimir esta locomotora de estupidez que viene a toda máquina y cortar esta cadena de embrutecimiento milenario, pareciera ser algo imposible.

Con el tiempo me hice partícipe en la causa de los caracoles, la cual estimaba, primero que todo, "necesaria", noble y significativa. Comencé a protegerlos y a evangelizar entre mis conocidos sobre esta resistencia, con esperanza de convertirla en rebelión. Por supuesto, me trataron como a un loco, rebatiendo y ridiculizando mis fundamentos con la prepotente arrogancia citadina. En las reuniones familiares, veía la aversión en sus rostros tratando de evitarme, por otra parte, los que se dignaban a dirigirme la palabra, lo hacían con ese tono lastimero que reciben los enfermos, como si hubiese perdido las facultades para interactuar con normalidad. No sé con qué desfachatez reaccionaban así, frente a semejante proyecto tan noble. En fin, con o sin aceptación seguí adelante siempre con la empresa en mente. Hice negocios, moví dineros y hasta ejecuté estafas bancarias para concretar mi propio criadero. Este nuevo espacio me hacía muy feliz, porque, en primer lugar, no negociaba con cualquiera, sino solo con quienes atisbaba una potencial oportunidad para lograr aportes a la conspiración. Segundo, gracias a esta fachada que me realizaba tanto en la faceta económica como en la ética, tuve la oportunidad de abandonar aquel trabajo en el que estuve apatronado durante años, para dedicarme a otros asuntos. Aunque estas novedosas actividades me resultaron refrescantes, con los años comencé a desligarme de responsabilidades y preocupaciones fútiles para asentarme en un relajo profundo. Este letargo gradual, acarreó problemas que me llevaron a romper mi relación e incluso, se fue reduciendo la continuidad en las visitas de mis hijos, pero ¿saben?, yo me encontraba en dicha, tranquilo y liviano. Parecía inexplicable el porqué de mis acciones, el proceder de mi vida, que no me atormentara la culpa o jamás cayera en depresión, esto no le cuadraba a nadie. Bueno, yo solo seguí actuando como reflejo de mis sentimientos, aceptando las repercusiones imperturbable y sereno.

En esta época de cambios mis pensamientos concluyeron en que el ser humano es un virus nocivo y antinatural, al cual, si no se le encuentra antídoto, terminará aniquilando todo a su paso. Me sentí avergonzado y a la vez temeroso de mis congéneres. Los ejemplos del poder con que llevan a cabo sus proezas para el progreso son aborrecibles. Por suerte, a esas alturas ya recibía pocas visitas, por el contrario a mi anhelo de erradicarme de la especie humana que aumentaba de manera obsesiva y, creo que como consecuencia de ello, aconteció una milagrosa alteración en mi apariencia. Comencé a encorvarme y mi masa corporal a licuarse de una manera que, a mí

por lo menos no me complicaba en absoluto, entonces, para cuando mi cuerpo ya era una sustancia viscosa que desprendía una repelente baba con residuos dudosos, me convertí definitivamente en un solitario. Al perder ligereza, vanidades y caprichos comunes, no demore en descuidar los quehaceres básicos incluyendo los del criadero, así, desapareció la clientela y finalmente perdí el control de todo. Habían cientos de miles de especímenes, de los cuales muchos de ellos, abandonaban sus caparazones para luego posarse sobre mí, acelerando la metamorfosis a través de su materia prima. Así se fue dando, minuto a minuto, día tras día, mi nuevo aspecto y mi nueva vida. Ahora heme aquí, letra tras letra terminando este texto, con toda...la...cal...ma...del...m...u...n...d...o...

Héctor Piri Latapiat

